

ratura la primera novela de la realidad del *Gulag*, *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Solzhenitsyn.

Si es cierto que César Vallejo no sabía nada de las actividades de la GPU, ni de los campos de concentración, no es menos verdad que en sus escritos nos muestra su odio «de clase», su posición de «bolchevique» conforme a la *línea del Partido* y, por tanto, contraria al *anarcosindicalismo* («incapacitado para descubrir el movimiento dialéctico de los hechos sociales. [...] (una) ideología reaccionaria, ...»), fiero con los pordioseros, los campesinos considerados *kulaks* y los pequeños comerciantes llamados antes por Lenin para establecer el Nuevo Período Económico (NEP) o sea los *nepmans* o *nepmen*. «La piedad está reñida con la revolución. La piedad está también reñida con el espíritu soviético» le fue dicho a Vallejo por una *konsomolka*, miembro de la Unión de Jóvenes Comunistas.

André Gide comenta en su libro de viaje:

Et l'on voit se reformer des couches de société sinon déjà des classes, une sorte d'aristocratie... celle du bien-penser, du conformisme...

Comment n'être pas choqué par le mépris, ou tout au moins l'indifférence que ceux qui se sentent «du bon côté», marquent à l'égard des «inférieurs»,... des pauvres. Il n'y a plus des classes, en U.R.S.S.; beaucoup trop. J'espérais pourtant bien ne plus en voir que j'étais venu en U.R.S.S.

César Vallejo estaba admirado igualmente por esta enorme cantidad de pordioseros: «¿Cómo me explica usted semejante plaga en una sociedad como el Soviet?», le pregunta a la *konsomolka*. Y luego ve la «hambruna», la gran hambre que Stalin sostuvo conscientemente para liquidar a los campesinos propietarios de tierra, al hambriento de la ciudad que, junto a la puerta de un restorán, está «triturando un hueso, como un perro. [...] Nunca he visto ojos tan extraños en mi vida. Hay en la cara de este pobre una avidez agresiva, furiosa, demoníaca. [...] Se ve que tiene cólera. Se ve que nos odia con todas sus entrañas de hambriento.» Pero el pensamiento de Vallejo se desvía, bajo la presión de la dialéctica marxista-leninista: «Pienso en los desocupados. Pienso en los cuarenta millones de hambrientos que el capitalismo ha arrojado de sus fábricas y de sus campos».

Merecería hacerse, con toda seguridad, un análisis más profundo de los pensamientos religiosos y morales de César Vallejo. En sus *Poemas en prosa* tiene un despreciativo poema en torno al sentimiento religioso en el ser humano:

Anatole France afirmaba  
que el sentimiento religioso  
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,  
hasta ahora ignorado y se podría  
decir también, entonces,  
que, en el momento exacto en que un tal órgano  
funciona plenamente,  
tan puro de malicia está el creyente,  
que se diría casi un vegetal.  
¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feüerbach!

y en su volumen *Contra el secreto profesional* (pp. 66-69), hace una desquiciada historia apócrifa de Jesucristo, que «en su casa le llamaban “idiota”, porque, en realidad,

parecía acéfalo». Pero, en el mismo libro (p. 92) declara: «... hablamos de la esperanza cristiana en el más allá: creación formidable de Jesús, que nace de lo más hondo del dolor humano. Después de la guerra, *debería haberse producido* un renacimiento enorme de la concepción cristiana del destino del hombre».

Y, antes de morir, «En un semisueño, el que no era delirio. Abril 1938» (*Idem*, p. 93), cavila:

Me apercibo que lo que decide del valor de una obra no es tanto su alcance puramente intelectual, cuanto su punto de partida moral...

La imagen de la religión es, cierto, un esparcimiento sumo... ¡Oh alma!... ¡Oh pensamiento!... ¡Oh Marx!... Cada una de estas exclamaciones puede representar una fase en la evolución de las ideas de César Vallejo, desde la atmósfera densamente cristiana de su familia, en Santiago del Chuco, que parece que esperaba de él que se hiciera sacerdote, al peldaño de la cogitación, en Lima y París, y más allá, al marxismo que lo empujó hasta Moscú.

Allá, en la capital soviética, entra un día en una iglesia ortodoxa, la iglesia del Salvador, donde ha oído un canto coral religioso. La inusitada descripción que hace de ésta deja percibir una sigilosa compasión por la depredación del templo:

Principiando por el atrio, hasta los recónditos altares y sacristías del templo, se advierten signos de abandono y más aún, trazas de haber sido la iglesia despojada de todos sus tesoros artísticos y litúrgicos. El aspecto material del templo es el de un lugar arrasado por un saqueo o por una mudanza no acabada. Ni tapices ni alfombras. Ni escaños ni reclinatorios. Ni colgaduras ni encajes en los altares. Ni cirios ni flores. Ni efigies ni cuadros. Las hornacinas aparecen vacías. Apenas unos cuantos iconos quedan en el ángulo derecho, a la entrada del templo. Todo ofrece un tinte gris o azul desteñido. Pesa en la plástica de los muros desiertos y de las talladuras de oro falso una desolación infinita.

Pero la escena que luego se desarrolla ante mis ojos es aún más impresionante. A unos cuantos pasos de la puerta de entrada hay un pequeño grupo de gente rodeando un altar improvisado, el único viviente del templo. El altar se reduce a una estrecha plataforma cubierta de un lienzo blanco.

A César Vallejo le resulta sumamente inexplicable el deliquio de los fieles que, rodeando a dos sacerdotes (Vallejo usa para designar a los sacerdotes ortodoxos sola y obstinadamente la palabra despectiva «pope»), «cantan a coro una música sagrada, dolorosa, casi gemebunda». No podemos saber qué es lo que más le impresionó al poeta: ¿sus caras de hambrientos? o ¿sus miradas llenas de angustiosa incertidumbre? Se inquieta bastante el poeta puesto que no parece entender nada... místico.

... Sus voces y sus ojos expresan un terror misterioso, vago, aunque real y viviente. ¿De qué tendrán miedo ahora estos pobres seres, para agruparse y clamar con tanta ansiedad, en torno a los popes, en la iglesia del Salvador, de Moscú? Ellos mismos *no lo saben*.

Queda claro en este punto que el que *no sabe*, involuntaria o voluntariamente, no es el pueblo ruso o cualquier otro pueblo de las doscientas naciones que forman el inmenso imperio. «Estos pobres seres» de la iglesia del Salvador, al igual que decenas y decenas de millones que estaban bajo el telón de acero —Stalin—, tenían un descomunal miedo de la *Obedinnoe Gosudarstvie Politicheskoe Upravlenie*, de la cual el poeta oyó hablar a los ferroviatios con el nombre comúnmente conocido de *Gepeú* (OGPU

o GPU). En cambio, a Vallejo parece que le acude un remoto pensamiento que había puesto en un verso de su juventud:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!  
Golpes como del odio de Dios; ...

Conociendo el tipo de educación escolástica que todavía predominaba en los centros de enseñanza del Perú de la época, algo andaba mal con los conocimientos de ontología de Vallejo, para no ir más lejos. Pero, siendo él un rebelde convertido en marxista-leninista, aquel «odio» de Dios que inspira miedo reaparecía ahora:

¿Temen a Dios? ¿Temen al zar todopoderoso? ¿Temen a los bolcheviques? ¿A la hambruna? ¿A la guerra? ¿Temen a la luz inmarcesible de la revolución mundial? ¿De qué nuevos fantasmas espeluznantes les habrán llenado la cabeza los popes para catequizarlos? Es difícil saberlo. Toda la vida, todo el dolor y todos los dramas y conflictos de su ser profundo se agitan ahora en sus miradas y en sus voces. Y no hay cosa más insondable que el canto y la mirada de los hombres.

César Vallejo emplea en este texto un vocabulario equidistante entre el de la dialéctica estaliniana (todos los textos de Stalin están llenos de preguntas retóricas) y el de su profundo arte poético. Sí, la mirada y el canto de un hombre pueden ser la cosa más insondable, pero no sería tan difícil saber —o contestar la pregunta retórica— que «nuevos fantasmas espeluznantes» llenan la cabeza de los creyentes católicos ortodoxos. En el mismo París donde residía él, solían vivir en la época los dos mayores filósofos rusos, dos ex-marxistas y profesores universitarios en Moscú: *Sergio Bulgákov* y *Nicolás Berdyáev*.<sup>28</sup> El primero es fundador de la «sofiología», expuesta magistralmente en su libro *La luz inmarcesible* (*Svet nevecherni*, Moscú, 1917), y el segundo es el autor del «socialismo personalista», teoría que afirmaba que «una sociedad que tiene como meta el desarrollo de egos en personas es una verdadera comunidad, y la relación que existe entre sus miembros es la *comunalidad*» (en ruso: *sobornost*). Berdyáev, como verdadero socialista y buen cristiano, también promulgó el «principio personalista», según el cual «toda persona debe estar en una condición de existencia humana que corresponda a su dignidad humana». Cosas verdaderamente difíciles de aceptar por un bolchevique con carnet de Partido, pero que la herencia aluvional de muchos siglos de vida cristiana ortodoxa hacía muy populares entre las masas del pueblo ruso.

Pero el pensamiento de César Vallejo tenía razones —ideas y creencias— de una mente poética, que la *razón* nunca conocerá. Consideraba, por ejemplo, que en cuanto a las nuevas ideas «revolucionarias» de los artistas y escritores de este siglo:

En Rusia sólo se tiene en cuenta o, al menos, se prefiere, la revolución temática. En París, la revolución técnica.

He aquí toda la diferencia entre revolucionarios y reaccionarios, entre vanguardistas y retaguardistas, etc.

El *superrealismo*, «como escuela literaria, no representaba ningún aporte constructivo» y anduvo aún peor cuando se hizo *anarquista*, «forma ésta la más abstracta, mística y cerebral de la política». Así ataca a Breton (un intelectual profesional, ... un rebelde

<sup>28</sup> *Nikolay Berdyáev* (1874-1948) y *Sergeuy Nikoláyeovich Bulgakov* (1871-1944).